

El proceso de reconciliación supone el perdón

Cada año los obispos de México nos reunimos la primera semana de septiembre para convivir y para ayudarnos a mantener cada día el esfuerzo en nuestra formación integral. Este año fuimos ayudados por el P. Leonel Narváez, fundador de las "Escuelas de Perdón y Reconciliación", que han tenido un influjo muy grande en el proceso de paz en Colombia. Con un equipo muy cercano y preparado nos ayudó a degustar el proceso del perdón y la reconciliación, que se vive en estas Escuelas. Comparto con ustedes algo muy sencillo, tal vez no nuevo, pero que necesitamos nunca olvidar.

Para reconciliarnos con una persona que nos ha ofendido es necesario que le perdonemos la ofensa que nos ha hecho. Se ocupa vivir un proceso en el que el primer paso es el esclarecimiento de la verdad; el segundo, el restablecimiento de la justicia, no una justicia punitiva que busca castigar, sino restaurativa, que quiere salvar al hermano. Este tipo de justicia es el que experimentamos en Jesús: al darnos la gracia de la conversión y perdonarnos, nos pone en caminos de bien, de ser personas justas. El tercer paso consiste en la reparación del daño hecho, en la medida en que es posible. Y el cuarto, tener la certeza de que en lo futuro no se va a repetir la ofensa.

El proceso de reconciliación supone el perdón. El Papa Francisco nos ha repetido muchas veces que una de las palabras que no pueden faltar en la vida familiar y en la social, es "perdón". Al pedirlo hemos de caminar el camino de reconciliación: "te ofendí al hacer esto...", "me duele porque te amo y te hice sufrir", "tengo la firme determinación de no volverlo a hacer"; y algo también muy importante: "¿qué puede hacer para ayudarte a sanar?". Con humildad hemos de hacer muy nuestra esta actitud, pues cada día no falta a quien ofendamos, sobre todo de quienes son más cercanos a nosotros.

La reconciliación no puede darse sin el encuentro "reconciliador" con la persona que nos ofendió. Sin embargo, el perdón que es un requisito para poder reconciliarnos con alguien, es un proceso que cada persona hemos de vivir en nosotros mismos, en nuestra persona. La reconciliación se da con el otro, el perdón se da en cada uno de nosotros, y necesitamos perdonar no solo para reconciliarnos con el ofensor, sino para poder vivir. En este punto es en el que quisiera detenerme un poco.

Cuando alguien nos ofende, sentimos enojo, coraje, "rabia". Esa fuerza emotiva nos empuja al "rencor" y a la venganza, a buscar devolverle al ofensor el mal que nos hizo. Mantener esa rabia, rencor y deseos de venganza nos parece la actitud más cuerda ante la ofensa recibida. Los propósitos de venganza, de "me la va a apagar", parecen darnos fuerza para seguir adelante. Sin embargo, tenemos que reconocer que esa actitud nos roba la paz interior, la tranquilidad para concentrarnos en nuestras actividades diarias y para poder

descansar, para dormir. El Papa Francisco nos dice que cuando permanecemos en el conflicto perdemos "horizontes". Nos la pasamos nada más pensando en eso, y aun físicamente nuestro horizonte se acorta: muchas veces evitamos pasar por algunos lugares para no encontrarnos con quien nos ofendió. Si nuestra mente está centrada en los proyectos de venganza, de desquite, nuestro organismo no digiere los alimentos, el corazón altera su ritmo, la composición de la sangre no es la misma, andamos muy tensos y esa tensión nos fatiga mucho. Claramente vemos que mantener esa actitud es irracional.

Perdonar nos parece irracional, fuera de razón. Tal vez lo sea. Está más allá de nuestra mentalidad más primitiva. Perdonar es de Dios, es un don divino. Pero hemos de reconocer que es el camino que a las personas humanas nos permite vivir. En el camino de la venganza no se puede vivir. Recordemos alguna experiencia de perdón que hayamos vivido y encontraremos que aún ahora es fuente de tranquilidad y de paz. Nos ayudó a recuperar nuestra seguridad personal, la capacidad de relacionarnos con los demás y a encontrarle sabor a nuestro vivir de cada día. **Por ello, hemos de pasar de la irracionalidad de la venganza, a la "irracionalidad" del perdón.**

Ciertamente hay ofensas que nos es sumamente difícil perdonar. Una vez mi confesor me dijo: "Tómalo a cuenta de tus pecados", y eso me ayudó a dejar ir un enojo grande. Sin embargo, hay situaciones en las que solo mirando y escuchando a Jesús crucificado, el Justo injustamente sentenciado, podemos abrir el corazón al perdón. Él nos ayuda a mirar de otra manera la ofensa recibida. No dejemos de hacerlo. Cada noche, al ir a dormir, platiquemos a Jesús lo que llevamos en el corazón para que nuestro enojo no se convierta en resentimiento y rencor.

El Papa Francisco nos dice: "El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza".